ETC.

NARCOTRAFICO

HABANAGATE

Hace diez días la noticia estalló en Cuba y sacudió los cimientos de esa isla, poco proclive a los escándalos políticos: un grupo de oficiales superiores —entre los que figuraba el general Arnaldo Ochoa, ex responsable militar en Angola— había sido arrestado por sus vinculaciones con el Cartel de Medellín, la organización de narcotráfico más poderosa del mundo. Este miércoles, el *Granma* —órgano oficial del Partido Comunista Cubano— publicó en un editorial de inusual extensión la historia de esos lazos, reconstruida a base de las confesiones de los procesados, quienes a lo largo de tres años llevaron a cabo una veintena de operaciones —entre ellas el traslado de 6 toneladas de cocaína hacia Estados Unidos vía Cuba— por las que obtuvieron más de tres millones de dólares. Desde Cuba, la enviada especial de *Página/12* recoge los testimonios de los cubanos que no salen de su asombro ante los sorpresivos alcances del Habanagate.



NARCOTRAFICO HABANAGATE

En los primeros días de mayo de 1988, a bordo de un avión de Aerolíneas Colombianas, el capitán cubano Jorge Martínez Valdés llegó a Medellín para tener un encuentro importante. Martínez tenía su identidad parcialmente desdibujada: era Fidel Buitrago Martínez, desde hacía unos meses, merced a un pasaporte falso que le habían extendido los hombres del Cartel de Medellín con los que se entendía, hasta entonces con ciertas dificultades, en Panamá.

En el aeropuerto lo estaban esperando para llevarlo ante el mismísimo jefe del Cartel, Pablo Escobar. Un hermano del rey de la cocaína fue el responsable de conducir a Martínez —ayudante del general cubano Arnaldo Ochoa, en ese momento destacado en Angola— a través de varios controles y barreras de seguridad. La entrevista con Escobar duró dos horas y media y no hubo mayores problemas para acordar las futuras operaciones: el Cartel necesitaba a los altos funcionarios cubanos para pasar cocaína a Estados Unidos a través de Cuba, y tanto Ochoa como Martínez estuvieron de acuerdo en el pago pactado: mil doscientos dolares por cada kilogramo de droga "pasada".

Ese día, Martínez y Escobar discutieron los detalles de una operación que planeaban llevar a cabo dos meses más tarde: un barco de bandera panameña —el "Jennipher"— recogería en alta mar dos toneladas de cocaína y navegaría hasta un punto fijado en las proximidades de la ciudad cubana de Cienfuegos. Allí estarían en acción otros militares cubanos con los que el Cartel ya tenía tratos: los hombres del coronel Tony La Guardia, alto funcionario del Ministerio del Interior. Ellos abordarían a los guardafronteras cubanos, pasándoles información falsa acerca de la misión y de la carga del buque. Luego, Martínez y otro militar abordarían el "Jennipher" hasta el puerto de Mariel, donde desembarcarían mercancías normales. Tras volver a zarpar, el barco se pondría en contacto con cuatro lanchas rápidas procedentes de Miami, entre las que se repartiría la droga a razón de media tonelada cada una.

Esa operación, al igual que varias otras pactadas entre el general Ochoa y los hombres del Cartel, no llegó a realizarse. Por un motivo u otro —en el caso del "Jennipher", su capitán fue asesinado un par de días antes del señalado— los planes fracasaron. No obstante, durante la entrevista entre Martínez y el colombiano Escobar tuvo lugar el hecho que el editorial del *Granma*, el órgano oficial del PC cubano, señala como "uno de los más graves, aventureros e irresponsables" cometidos por el grupo de oficiales y detenidos el 12 de junio último por sus relaciones con el narcotráfico: en el encuentro, y según ha confesado Martínez, el cubano habló permanentemente de "sus jefes", sin señalar al general Ochoa como su responsable directo. El diario indica, también, que en esa oportunidad Escobar no se mostró sorprendido: no era la primera conexión que el Cartel entablaba con altos funcionarios de la isla.

En el narcogate cubano hay tres hombres excluyentes. Los generales Arnaldo Ochoa y Patricio La Guardia, y el coronel Antonio La Guardia. La sorpresa no devino solamente de que se tratara de militares encumbrados, sino de hombres que gozaban de prestigio dentro de la institución y estaban a cargo de tareas de extrema responsabilidad. Ochoa trabó contacto con el narcotráfico cuando se desempeñaba, a mediados de 1986, como jefe de la Décima Dirección del Ministerio de las Fuerzas Armadas. Su misión era encargarse de la colaboración militar con otros países, todos excepto Angola y Etiopía.

Desde ese cargo comenzó a dedicarse a operaciones de lavado de dinero y pequeños asuntos con drogas, a través de contactos con colombianos, mexicanos, norteamericanos y panameños. Luego, en noviembre de 1987, fue transferido a Angola, desde donde continuó dándole indicaciones a Martínez para concretar operaciones con cocaína.

El coronel Tony La Guardia —hermano del general del mismo apellido, destacado en Angola y al tanto de todo— estaba vinculado al Ministerio del Interior desde los primeros años de la Revolución. Desde 1982 La Guardia era jefe del Departamento MC, cuya tarea principal era encontrar las vías para burlar el boicot norteamericano a productos de primera necesidad para la industria cubana, y por la cual el coronel tenía permitidas relaciones con extranjeros y acceso a vías aéreas, terrestres y navales para hacer entrar a Cuba distintos tipos de productos.

En realidad, fueron La Guardia y sus hombres los que llevaron a cabo en los últimos tres años 19 operaciones, en las que se pasaron 6 toneladas de cocaína y varias de marihuana a Estados Unidos a través de Cuba. En todo ese tiempo, La Guardia mantuvo en secreto, incluso para su "socio" Ochoa, esos negocios por los que percibió alrededor de tres millones y medio de dólares.

El primer contacto de La Guardia con el Cartel de Medellín se produjo a través de un funcionario del Departamento MC en Panamá. Corría 1986 y Miguel Ruiz —un cubano exiliado con vínculos en Colombia— arregló con Amado Padrón, un hombre de La Guardia, una operación sencilla: un avión llevó desde Colombia media tonelada de cocaína envasada en cajas de IBM hasta el aeropuerto de Varadero. Desde allí la droga fue llevada a lanchones procedentes de Miami para cargar tabaco. Por esos meses, entusiasmados con las ganancias, los oficiales cubanos realizaron otras acciones algo más peligrosas con marihuana: interceptaban barcos que traían la droga desde Colombia, y la llevaban hasta la bahía de Cádiz, al norte, donde esperaban las lanchas norteamericanas.

Una tras otra, las operaciones se sucedieron sin problemas. Las características del Departamento MC le permitían a La Guardia borrar cualquier sospecha de los guardafronteras. Entretanto, junto a los hombres de Ochoa, soñaban con nuevas utopías: la instalación de una fábrica de cocaína en Africa y otra de dólares falsos en Cuba fueron el punto culminante de febriles reuniones que los militares mantuvieron en La Habana con los representantes del Cartel que llegaban a Cuba como turistas.

En el curso de este año, La Guardia y el Cartel habían modernizado sus técnicas. La cocaína era perfectamente empaquetada para protegerla de la humedad, y era provista de dispositivos fosforescentes. Aviones particulares colombianos la arrojaban al mar en aguas cubanas, al norte de Varadero —"bombardear la mercancía", se dice—, donde era recogida por lanchas rápidas norteamericanas. Cuando había problemas con guardacostas cubanos o norteamericanos, "clavaban" la droga en algún cayo: la dejaban sumergida unos días.

En su editorial, *Granma* destaca que el 12 de junio pasado, cuando se produjo el arresto de Ochoa, La Guardia y el resto de sus hombres, las sospechas de corrupción eran muchas pero no se tenían pruebas de lazos con el narcotráfico, aunque en altas esferas cubanas se había empezado a tener en cuenta denuncias en ese sentido que no llegaban sólo desde Estados Unidos sino también de boca de "amigos". Una anécdota da idea de por qué Fidel Castro ordenó, en abril pasado, una investigación a fondo. A fines del año pasado, Martínez y Ochoa pactaron una nueva operación con el Cartel de Medellín, que fracasó porque los guardacostas capturaron una de las lanchas. Se improvisó luego una reunión en el exterior, a la que asistieron hombres de La Guardia y de Ochoa, quienes cruzaron acusaciones con los representantes del Cartel: éstos aseguraban que los cubanos habían ordenado la captura de la lancha y se habían quedado con la media tonelada de droga. En el medio de la discusión, el representante del Cartel formuló la amenaza: Escobar pensaba mandar un hombre a Cuba, para protestar formalmente ante las autoridades y exigir que le devolvieran la mercancía.

ESPERANDO A F

(Desde La Habana) —El 26. Fidel hablará el 26.

Desde el estallido del *affaire* Ochoa, la imagen de Fidel Castro pudo verse sólo en los actos imprescindibles. El gesto adusto, escasez de sonrisas y vértigo de protocolo.

—Hablará el 26 —decían, como justificando el mal humor del Presidente, los integrantes de la comitiva.

Al cierre de este suplemento el mensaje inicial de Raúl Castro (el *"Número Dos"* y titular de la cartera de Defensa) y el editorial del *Granma* eran los dos únicos síntomas de una crisis que —según interpretan *off the record* fuentes del Comité Central del PCC— "deja a Cuba sin respuesta, destruye una imagen y pone en entredicho la credibilidad de la Revolución". Detenido en condiciones de máxima seguridad, Ochoa aguarda junto a sus ayudantes más cercanos la inminencia de un juicio militar.

El Tribunal de Honor, sin embargo, sólo puede degradarlo. Será la justicia ordinaria cubana la que —en cuestión de semanas— deba pronunciarse sobre la condena a un delito que admite dos variantes: cuanto mayor sea el peso "moral" imputable a Ochoa por el Tribunal, más cercano se encontraría, en este caso, del cargo de "Traición a la Patria" —virtualment
tud contrarrevolucionaria y pas
la ley marcial. Bajo el cristal d
deberá afrontar al menos treint
banas.

—La hondura del asunto en
es muy poca —aseguran dirigen
pótesis que complica el caso: el
lar del Ejército Occidental —e
isla— había sido aprobado en p
Si bien no puede pensarse que
tanto del asunto, también resulta
sis similar, el ministro de Defens
hubiera presentado la renuncia.

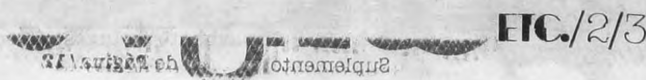
—¿Cómo no iban a saberlo, c
fuente del PCC—. ¿Cómo los a
berlo? Sin embargo nunca recibi
sobre este asunto. Quizá haya si
cando una palabra— una cama,
Una cama, ¿no?

DISQUISICI
QUE NO NO

Por Adriana Schettini, desde la Habana

Ayer La Habana amaneció antes de lo acostumbrado. Se había armado lo que los cubanos llaman la "rebambaramba". Desde las siete de la mañana la gente formaba corrillos frente a los estanquillos (puestos de venta de diarios) y discutía en torno al suceso que concentró la atención de la opinión pública en los últimos días: la vinculación de altos funcionarios del gobierno con el narcotráfico. Desde el miércoles por la noche se comentaba aquí, en lo que era un secreto de voces, que el jueves por la mañana en el periódico *Granma*, órgano oficial del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, se darían explicaciones sobre el estado de las investigaciones en torno al negociado protagonizado por el general de división Arnaldo Ochoa, un dirigente revolucionario que se había desempeñado como jefe de la misión militar cubana en Angola y que aguardaba su inminente nombramiento como jefe del Ejército Occidental, cuando el pasado lunes 12 de junio fue detenido junto con los hermanos Patricio y Antonio La Guardia, ambos militares de alta graduación, para ser investigados por supuestos hechos ilícitos y corrupción. La sospecha terminó destapando el millonario negociado del narcotráfico en el que Ochoa trabajaba prolijamente desde 1986.

El matutino llegó a los kioscos alrededor de las nueve, y las calles se transformaron en un hervidero de hombres y mujeres que ocultaban sus rostros tras la página y media de la nota editorial, titulada "Sabremos lavar de forma ejemplar ultrajes como éste". "La revolución va a salir favorecida cuando se aclare todo, porque si bien no se puede evitar que haya canallas que traicionen una cosa tan pura como ésta, de ahora en



NARCOTRAFICO
HABANAGATE

En los primeros días de mayo de 1988, a bordo de un avión de Aerolíneas Colombianas, el capitán cubano Jorge Martínez Valdés llegó a Medellín para tener un encuentro importante. Martínez tenía su identidad parcialmente desdibujada: era Fidel Buitrago Martínez, desde hacía unos meses, merced a un pasaporte falso que le habían extendido los hombres del Cartel de Medellín con los que se entendía, hasta entonces con ciertas dificultades, en Panamá.

En el aeropuerto lo estaban esperando para llevarlo ante el mismísimo jefe del Cartel, Pablo Escobar. Un hermano del rey de la cocaína fue el responsable de conducir a Martínez —ayudante del general cubano Arnaldo Ochoa, en ese momento destacado en Angola— a través de varios controles y barreras de seguridad. La entrevista con Escobar duró dos horas y media y no hubo mayores problemas para acordar las futuras operaciones: el Cartel necesitaba a los altos funcionarios cubanos para pasar cocaína a Estados Unidos a través de Cuba, y tanto Ochoa como Martínez estuvieron de acuerdo en el pago pactado: mil doscientos dolares por cada kilogramo de droga "pasada".

Ese día, Martínez y Escobar discutieron los detalles de una operación que planeaban llevar a cabo dos meses más tarde: un barco de bandera panameña —el "Jennipher"— recogería en alta mar dos toneladas de cocaína y navegaría hasta un punto fijado en las proximidades de la ciudad cubana de Cienfuegos. Allí estarían en acción otros militares cubanos con los que el Cartel ya tenía tratos: los hombres del coronel Tony La Guardia, alto funcionario del Ministerio del Interior. Ellos abordarían a los guardafronteras cubanos, pasándoles información falsa acerca de la misión y de la carga del buque. Luego, Martínez y otro militar abordarían el "Jennipher" hasta el puerto de Mariel, donde desembarcarían mercancías normales. Tras volver a zarpar, el barco se pondría en contacto con cuatro lanchas rápidas procedentes de Miami, entre las que se repartiría la droga a razón de media tonelada cada una.

Esa operación, al igual que varias otras pactadas entre el general Ochoa y los hombres del Cartel, no llegó a realizarse. Por un motivo u otro —en el caso del "Jennipher", su capitán fue asesinado un par de días antes del señalado— los planes fracasaron. No obstante, durante la entrevista entre Martínez y el colombiano Escobar tuvo lugar el hecho que el editorial del *Granma*, el órgano oficial del PC cubano, señala como "uno de los más graves, aventureros e irresponsables" cometidos por el grupo de oficiales y detenidos el 12 de junio último por sus relaciones con el narcotráfico: en el encuentro, y según ha confesado Martínez, el cubano habló permanentemente de "sus jefes", sin señalar al general Ochoa como su responsable directo. El diario indica, también, que en esa oportunidad Escobar no se mostró sorprendido: no era la primera conexión que el Cartel entablaba con altos funcionarios de la isla.

En el narcogate cubano hay tres hombres excluyentes. Los generales Arnaldo Ochoa y Patricio La Guardia, y el coronel Antonio La Guardia. La sorpresa no devino solamente de que se tratara de militares encumbrados, sino de hombres que gozaban de prestigio dentro de la institución y estaban a cargo de tareas de extrema responsabilidad. Ochoa trabó contacto con el narcotráfico cuando se desempeñaba, a mediados de 1986, como jefe de la Décima Dirección del Ministerio de las Fuerzas Armadas. Su misión era encargarse de la colaboración militar con otros países, todos excepto Angola y Etiopía.

Desde ese cargo comenzó a dedicarse a operaciones de lavado de dinero y pequeños asuntos con drogas, a través de contactos con colombianos, mexicanos, norteamericanos y panameños. Luego, en noviembre de 1987, fue transferido a Angola, desde donde continuó dándole indicaciones a Martínez para concretar operaciones con cocaína.

El coronel Tony La Guardia —hermano del general del mismo apellido, destacado en Angola y al tanto de todo— estaba vinculado al Ministerio del Interior desde los primeros años de la Revolución. Desde 1982 La Guardia era jefe del Departamento MC, cuya tarea principal era encontrar las vías para burlar el boicot norteamericano a productos de primera necesidad para la industria cubana, y por la cual el coronel tenía permitidas relaciones con extranjeros y acceso a vías aéreas, terrestres y navales para hacer entrar a Cuba distintos tipos de productos.

En realidad, fueron La Guardia y sus hombres los que llevaron a cabo en los últimos tres años 19 operaciones, en las que se pasaron 6 toneladas de cocaína y varias de marihuana a Estados Unidos a través de Cuba. En todo ese tiempo, La Guardia mantuvo en secreto, incluso para su "socio" Ochoa, esos negocios por los que percibió alrededor de tres millones y medio de dólares.

El primer contacto de La Guardia con el Cartel de Medellín se produjo a través de un funcionario del Departamento MC en Panamá. Corría 1986 y Miguel Ruiz —un cubano exiliado con vínculos en Colombia— arregló con Amado Padrón, un hombre de La Guardia, una operación sencilla: un avión llevó desde Colombia media tonelada de cocaína envasada en cajas de IBM hasta el aeropuerto de Varadero. Desde allí la droga fue llevada a lanchones procedentes de Miami para cargar tabaco. Por esos meses, entusiasmados con las ganancias, los oficiales cubanos realizaron otras acciones algo más peligrosas con marihuana: interceptaban barcos que traían la droga desde Colombia, y la llevaban hasta la bahía de Cádiz, al norte, donde esperaban las lanchas norteamericanas.

Una tras otra, las operaciones se sucedieron sin problemas. Las características del Departamento MC le permitían a La Guardia borrar cualquier sospecha de los guardafronteras. Entretanto, junto a los hombres de Ochoa, soñaban con nuevas utopías: la instalación de una fábrica de cocaína en Africa y otra de dólares falsos en Cuba fueron el punto culminante de febriles reuniones que los militares mantuvieron en La Habana con los representantes del Cartel que llegaban a Cuba como turistas.

En el curso de este año, La Guardia y el Cartel habían modernizado sus técnicas. La cocaína era perfectamente empaquetada para protegerla de la humedad, y era provista de dispositivos fosforescentes. Aviones particulares colombianos la arrojaban al mar en aguas cubanas, al norte de Varadero —"bombardear la mercancía", se dice—, donde era recogida por lanchas rápidas norteamericanas. Cuando había problemas con guardacostas cubanos o norteamericanos, "clavaban" la droga en algún cayo: la dejaban sumergida unos días.

En su editorial, *Granma* destaca que el 12 de junio pasado, cuando se produjo el arresto de Ochoa, La Guardia y el resto de sus hombres, las sospechas de corrupción eran muchas pero no se tenían pruebas de lazos con el narcotráfico, aunque en altas esferas cubanas se había empezado a tener en cuenta denuncias en ese sentido que no llegaban sólo desde Estados Unidos sino también de boca de "amigos". Una anécdota da idea de por qué Fidel Castro ordenó, en abril pasado, una investigación a fondo. A fines del año pasado, Martínez y Ochoa pactaron una nueva operación con el Cartel de Medellín, que fracasó porque los guardacostas capturaron una de las lanchas. Se improvisó luego una reunión en el exterior, a la que asistieron hombres de La Guardia y de Ochoa, quienes cruzaron acusaciones con los representantes del Cartel: éstos aseguraban que los cubanos habían ordenado la captura de la lancha y se habían quedado con la media tonelada de droga. En el medio de la discusión, el representante del Cartel formuló la amenaza: Escobar pensaba mandar un hombre a Cuba, para protestar formalmente ante las autoridades y exigir que le devolvieran la mercancía.

ESPERANDO A FIDEL

(Desde La Habana) —El 26. Fidel hablará el 26.

Desde el estallido del *affaire* Ochoa, la imagen de Fidel Castro pudo verse sólo en los actos imprescindibles. El gesto adusto, escasez de sonrisas y vértigo de protocolo.

—Hablará el 26 —decían, como justificando el mal humor del Presidente, los integrantes de la comitiva.

Al cierre de este suplemento el mensaje inicial de Raúl Castro (el *"Número Dos"* y titular de la cartera de Defensa) y el editorial del *Granma* eran los dos únicos síntomas de una crisis que —según interpretan *off the record* fuentes del Comité Central del PCC— "deja a Cuba sin respuesta, destruye una imagen y pone en entredicho la credibilidad de la Revolución". Detenido en condiciones de máxima seguridad, Ochoa aguarda junto a sus ayudantes más cercanos la inminencia de un juicio militar.

El Tribunal de Honor, sin embargo, sólo puede degradarlo. Será la justicia ordinaria cubana la que —en cuestión de semanas— deba pronunciarse sobre la condena a un delito que admite dos variantes: cuanto mayor sea el peso "moral" imputable a Ochoa por el Tribunal, más cercano se encontraría, en este caso, del cargo de "Traición a la Patria" —virtualmente tomado como una actitud contrarrevolucionaria y pasible de fusilamiento bajo la ley marcial. Bajo el cristal del delito común, Ochoa deberá afrontar al menos treinta años en las cárceles cubanas.

—La hondura del asunto en el Ministerio de Defensa es muy poca —aseguran dirigentes cubanos ante otra hipótesis que complica el caso: el ascenso de Ochoa a titular del Ejército Occidental —el más importante de la isla— había sido aprobado en persona por Raúl Castro. Si bien no puede pensarse que Castro se encontrara al tanto del asunto, también resulta cierto que, ante una crisis similar, el ministro de Defensa de cualquier otro país hubiera presentado la renuncia.

—¿Cómo no iban a saberlo, chico? —se exaspera una fuente del PCC—. ¿Cómo los americanos no iban a saberlo? Sin embargo nunca recibimos información de ellos sobre este asunto. Quizá haya sido... —y se detiene buscando una palabra— una cama, como le dicen ustedes. Una cama, ¿no?

CERCA DE LA CASA BLANCA

A cuatro manzanas de la Casa Blanca está el cuartel general del FBI. Aquí se organizan célebres tours diarios para los turistas. Luego de recorrer inmensos laboratorios y de admirar colecciones de armas confiscadas a los mafiosos de todos los tiempos, el público toma asiento en un teatro. Se alza el telón. Detrás de una pared de cristal hay una larga galería de tiro con siluetas humanas esperando ser acribilladas. Varios agentes de elite aparecen con sus metralletas cargadas. Saludan como Búfalo Bill en el circo. Y en quince segundos destrozan los blancos a la altura del corazón y del cerebro.

El público aplaude. Los niños pueden llevarse una de aquellas siluetas como recuerdo a la visita.

Los agentes responden a las preguntas. Una jovencita quiere saber a cuántos traficantes de droga ya han matado estos policías. "A unos cuantos", confiesan con orgullo.

Pero de pronto se oyen los disparos de verdad, igual que casi cada noche, en el centro de Washington, la ciudad dormitorio de los negros. ¿Habrán perturbado esos tiros y el ulular de sirenas el sueño de la primera pareja? ¿O estará ya habituada a ese fogueo infernal?

Desde la Casa Blanca a Georgetown se va a pie en un cuarto de hora. Es el barrio turístico con lujo bohemio y acogedor. Es residencial y elegante. Hay de todo.

Detrás de algunas tiendas de discos se venden pipetas, cucharillas para la coca y accesorios variados para ponerse *high*, lo cual es perfectamente legal siempre que el cliente haya cumplido dieciocho años (para beber alcohol se exigen veintiuno) y lo pueda acreditar.

Lo que allí no se encuentra se pide por correo contra reembolso. Basta adquirir un ejemplar de la revista *High Times*, cuya circulación es de 250.000 ejemplares, al precio de 4,95 dólares, para estar bien informado. Esta revista mensual se edita en el estado de Wisconsin desde 1974. Han tenido algún problema, según admite desde su oficina en Nueva York la jefa de circulación, Caroline Dederik. "Ahora vamos con un poco de cuidado al editar ciertos artículos, pero seguimos ocupándonos del cultivo de la marihuana, aunque sea ilegal."

Se promociona este cultivo sin descuidar otros muchos pasatiempos químicos. Abundan los anuncios en colores y a página entera de minigranjas ultramodernas para el crecimiento vertiginoso de la hierba, tanto en interiores como a la intemperie. Se ofertan lámparas eficaces. Se relacionan precios de semillas con la descipción precisa de sus propiedades. Se instruye al lector para que una vez drogado sepa cómo alterar las condiciones fisiológicas en caso de que se le exija un análisis de orina. Se refieren los casos legales y los fallos de los tribunales en esta materia. Se resumen capítulos de libros especializados en la producción de drogas. Se muestra el cuadro del mercado doméstico —dónde y qué producto cotiza mejor en cada Estado— sin dejar de ocuparse de los grupos rock que, adictos a las drogas, hablan de sus experiencias y éxitos.

Para las agencias estatales cuya misión es combatir la droga y su tráfico criminal, la existencia de esta publicación es una inexplicable paradoja. Por un lado se arma hasta los dientes a la policía, que últimamente tuvo enfrentamientos con bandas de menores de edad provistas de metralletas y, por otro, se tolera la actividad comercial de las herramientas de fabricación y la difusión de los productos. Es como una mofa sobre los muertos. Un zapateado sobre un charco de sangre de miles de víctimas mientras las autoridades se dan golpes de pecho y celebran congresos internacionales sobre el terrible problema.

El ejemplo de *High Times* es uno de los muchos que podrían darse en los Estados Unidos. En su rentable sección de anuncios por palabras se da cabida a los reclusos que purgan condenas por delitos de droga. Estos anuncios aparecen clasificados debajo del explícito título "Detrás de los barrotes". Uno de ellos dice: "Ya salgo. Tengo 25 años, peso 180 libras, mi estatura es de seis pies, soy rubio y tengo los ojos de color azul-gris. Salgo de la prisión dentro de seis meses y me gustaría relacionarme con alguna hermosa señorita que me eleve la moral. Me gustan las motos Harley. Y las fiestas".

DISQUISICIONES EN EL MALECON
QUE NO NOS GUSTA LA PACHANGA

Por Adriana Schettini, desde la Habana

Ayer La Habana amaneció antes de lo acostumbrado. Se había armado lo que los cubanos llaman la "rebambaramba". Desde las siete de la mañana la gente formaba corrillos frente a los estanquillos (puestos de venta de diarios) y discutía en torno al suceso que concentró la atención de la opinión pública en los últimos días: la vinculación de altos funcionarios del gobierno con el narcotráfico. Desde el miércoles por la noche se comentaba aquí, en lo que era un secreto de voces, que el jueves por la mañana en el periódico *Granma*, órgano oficial del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, se darían explicaciones sobre el estado de las investigaciones en torno al negociado protagonizado por el general de división Arnaldo Ochoa, un dirigente revolucionario que se había desempeñado como jefe de la misión militar cubana en Angola y que aguardaba su inminente nombramiento como jefe del Ejército Occidental, cuando el pasado lunes 12 de junio fue detenido junto con los hermanos Patricio y Antonio La Guardia, ambos militares de alta graduación, para ser investigados por supuestos hechos ilícitos y corrupción. La sospecha terminó destapando el millonario negociado del narcotráfico en el que Ochoa trabajaba prolijamente desde 1986.

El matutino llegó a los kioscos alrededor de las nueve, y las calles se transformaron en un hervidero de hombres y mujeres que ocultaban sus rostros tras la página y media de la nota editorial, titulada "Sabremos lavar de forma ejemplar ultrajes como éste". "La revolución va a salir favorecida cuando se aclare todo, porque si bien no se puede evitar que haya canallas que traicionen una cosa tan pura como ésta, de ahora en más tendremos cuidado antes de confiarle a alguien un puesto de dirección", opinó una muchacha empleada en el cuidado de los museos en la zona de La Habana Vieja.

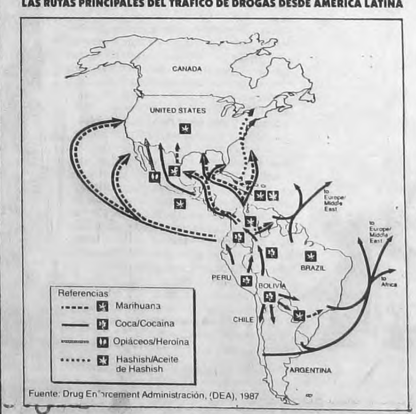
"Este pueblo que siguió a Fidel como a un arcángel durante más de treinta años va a pedir paredón a Ochoa y su banda", dijo a **Página/12** un jubilado que eligió una metáfora de amor para describir los sucesos: "Si usted deposita la confianza en un hombre al que ama desesperadamente, y es víctima de una traición inmunda, ¿qué pensaría de este individuo? Yo quisiera que los fusilaran. Pero si yo fuera Fidel no lo haría, porque eso sería darle a la bandera de la contrarrevolución un arma de combate para que diga una vez más que el régimen cubano es sangriento. Entonces, que los juzguen y se pudran en la cárcel".

"No creo que los fusilen —coincide una estudiante de ciencias económicas de 23 años— porque aquí se trata de que paguen su culpa y, si a mí me pasara algo semejante, yo creería que es menos doloroso que me fusilen que pasar una cantidad de años en la cárcel." "En la sociedad cubana hay un castigo más fuerte que el fusilamiento, y es el repudio social que tendrá Ochoa", interviene otra universitaria mientras toma un helado en la tradicional heladería Coppelia, situada en una plaza en el corazón del barrio del Vedado. "Lo más triste —agrega— es que este hombre había sido condecorado como Héroe de la República por su actuación en Etiopía, Nicaragua y Angola y por su actuación durante la lucha revolucionaria en Cuba. Yo creo que el imperialismo, que nunca ha dejado de buscar traidores, metió su mano y él fue degenerando su personalidad hasta dejarse influir".

Algunos cubanos, sin embargo, aún dejan espacio para la sospecha sobre el acontecimiento: "Yo hasta que no les prueben los hechos, no quiero arriesgar una opinión —especula un cincuentón— porque temo que siendo Ochoa un hombre de gran prestigio en las fuerzas armadas, algún sector del gobierno haya querido armarle lo que llamamos un paquete, y haya fraguado este asunto para quitarlo del medio". "Aquí desde hace tiempo se decía que existía el narcotráfico, pero el gobierno lo ha negado sistemáticamente hasta que los hechos saltaron. Esto se debe a que en una época en que el mundo aumenta sus libertades de expresión, aquí hemos quedado retrasados en eso", se queja un hombre al que cuando se le pregunta si lo que quiere es la perestroika, se enoja: "No, tampoco eso, porque ése es un asunto que Gorbachov podrá aplicar en su país, pero nosotros no podemos poner en juego treinta años de revolución cuando el imperialismo está esperando esos espacios para concretar su penetración".

En la opinión generalizada, los cubanos coinciden en que Ochoa y sus socios deben ser castigados, pero rechazan de plano la idea del fusilamiento por dos razones que explican claramente: el delito ha sido un negociado imperdonable, pero aún no hay indicios de que hayan traicionado a la Revolución pasando información al enemigo, y a ello suman el temor de que este hecho sea usado por lo que califican de "prensa reaccionaria" para arremeter contra el sistema socialista, y entonces intentan darle la menor cantidad de argumentos posibles. "Los pasquines dirán que Fidel está enojado porque Ochoa no le ha dado participación en este negocio, que Raúl (Castro) está detrás del narcotráfico en nuestro país y mil mentiras semejantes", comenta un pasajero en la guagua, tal como denominan aquí a los colectivos. "Pero sabe qué pasa, señorita —interrumpe un viejito mientras deposita los diez centavos que vale el viaje—, toda esa gente se estrellará con la verdad, porque como dijo el Che Guevara, en esta revolución se puede meter la pata, pero lo que no se puede es meter la mano."

LAS CONEXIONES LATINAS
LAS RUTAS PRINCIPALES DEL TRAFICO DE DROGAS DESDE AMERICA LATINA



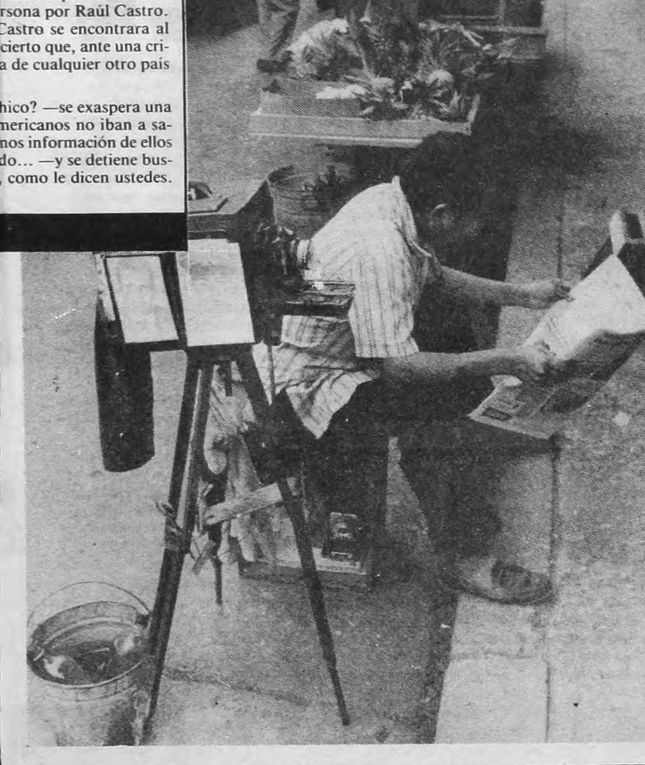
Fuente: Drug Enforcement Administración, (DEA), 1987

...IDEL

...tomado como una acti-
...le de fusilamiento bajo
...l delito común, Ochoa
...años en las cárceles cu-

... Ministerio de Defensa
...es cubanos ante otra hi-
...scenso de Ochoa a titu-
... más importante de la
...rsona por Raúl Castro.
...Castro se encontrara al
...cierto que, ante una cri-
...a de cualquier otro país

...hico? —se exaspera una
...mericanos no iban a sa-
...nos información de ellos
...do... —y se detiene bus-
..., como le dicen ustedes.



CERCA DE LA CASA BLANCA

A cuatro manzanas de la Casa Blanca está el cuartel general del FBI. Aquí se organizan célebres tours diarios para los turistas. Luego de recorrer inmensos laboratorios y de admirar colecciones de armas confiscadas a los mafiosos de todos los tiempos, el público toma asiento en un teatro. Se alza el telón. Detrás de una pared de cristal hay una larga galería de tiro con siluetas humanas esperando ser acribilladas. Varios agentes de elite aparecen con sus metralletas cargadas. Saludan como Búfalo Bill en el circo. Y en quince segundos destrozan los blancos a la altura del corazón y del cerebro.

El público aplaude. Los niños pueden llevarse una de aquellas siluetas como recuerdo a la visita.

Los agentes responden a las preguntas. Una jovencita quiere saber a cuántos traficantes de droga ya han matado estos policías. "A unos cuantos", confiesan con orgullo.

Pero de pronto se oyen los disparos de verdad, igual que casi cada noche, en el centro de Washington, la ciudad dormitorio de los negros. ¿Habrán perturbado esos tiros y el ulular de sirenas el sueño de la primera pareja? ¿O estará ya habituada a ese fogueo infernal?

Desde la Casa Blanca a Georgetown se va a pie en un cuarto de hora. Es el barrio turístico con lujo bohemio y acogedor. Es residencial y elegante. Hay de todo.

Detrás de algunas tiendas de discos se venden pipetas, cucharillas para la coca y accesorios variados para ponerse *high*, lo cual es perfectamente legal siempre que el cliente haya cumplido dieciocho años (para beber alcohol se exigen veintiuno) y lo pueda acreditar.

Lo que allí no se encuentra se pide por correo contra reembolso. Basta adquirir un ejemplar de la revista *High Times,* cuya circulación es de 250.000 ejemplares, al precio de 4,95 dólares, para estar bien informado. Esta revista mensual se edita en el estado de Wisconsin desde 1974. Han tenido algún problema, según admite desde su oficina en Nueva York la jefa de circulación, Caroline Dederik. "Ahora vamos con un poco de cuidado al editar ciertos artículos, pero seguimos ocupándonos del cultivo de la marihuana, aunque sea ilegal."

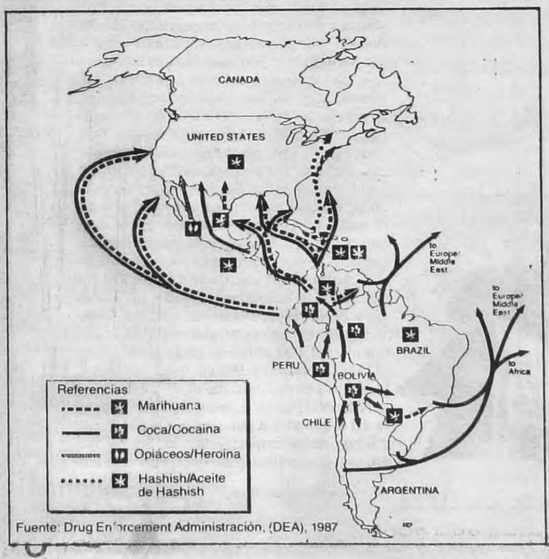
Se promociona este cultivo sin descuidar otros muchos pasatiempos químicos. Abundan los anuncios en colores y a página entera de minigranjas ultramodernas para el crecimiento vertiginoso de la hierba, tanto en interiores como a la intemperie. Se ofertan lámparas eficaces. Se relacionan precios de semillas con la descipción precisa de sus propiedades. Se instruye al lector para que una vez drogado sepa cómo alterar las condiciones fisiológicas en caso de que se le exija un análisis de orina. Se refieren los casos legales y los fallos de los tribunales en esta materia. Se resumen capítulos de libros especializados en la producción de drogas. Se muestra el cuadro del mercado doméstico —dónde y qué producto cotiza mejor en cada Estado— sin dejar de ocuparse de los grupos rock que, adictos a las drogas, hablan de sus experiencias y éxitos.

Para las agencias estatales cuya misión es combatir la droga y su tráfico criminal, la existencia de esta publicación es una inexplicable paradoja. Por un lado se arma hasta los dientes a la policía, que últimamente tuvo enfrentamientos con bandas de menores de edad provistas de metralletas y, por otro, se tolera la actividad comercial de las herramientas de fabricación y la difusión de los productos. Es como una mofa sobre los muertos. Un zapateado sobre un charco de sangre de miles de víctimas mientras las autoridades se dan golpes de pecho y celebran congresos internacionales sobre el terrible problema.

El ejemplo de *High Times* es uno de los muchos que podrían darse en los Estados Unidos. En su rentable sección de anuncios por palabras se da cabida a los reclusos que purgan condenas por delitos de droga. Estos anuncios aparecen clasificados debajo del explícito título "Detrás de los barrotes". Uno de ellos dice: "Ya salgo. Tengo 25 años, peso 180 libras, mi estatura es de seis pies, soy rubio y tengo los ojos de color azul-gris. Salgo de la prisión dentro de seis meses y me gustaría relacionarme con alguna hermosa señorita que me eleve la moral. Me gustan las motos Harley. Y las fiestas".

LAS CONEXIONES LATINAS

LAS RUTAS PRINCIPALES DEL TRAFICO DE DROGAS DESDE AMERICA LATINA



Fuente: Drug Enforcement Administración, (DEA), 1987

...IONES EN EL MALECON

...OS GUSTA LA PACHANGA

...más tendremos cuidado antes de confiarle a alguien un puesto de dirección", opinó una muchacha empleada en el cuidado de los museos en la zona de La Habana Vieja.

"Este pueblo que siguió a Fidel como a un arcángel durante más de treinta años va a pedir paredón a Ochoa y su banda", dijo a **Página/12** un jubilado que eligió una metáfora de amor para describir los sucesos: "Si usted deposita la confianza en un hombre al que ama desesperadamente, y es víctima de una traición inmunda, ¿qué pensaría de este individuo? Yo quisiera que los fusilaran. Pero si yo fuera Fidel no lo haría, porque eso sería darle a la bandera de la contrarrevolución un arma de combate para que diga una vez más que el régimen cubano es sangriento. Entonces, que los juzguen y se pudran en la cárcel".

"No creo que los fusilen —coincide una estudiante de ciencias económicas de 23 años— porque aquí se trata de que paguen su culpa y, si a mí me pasara algo semejante, yo creería que es menos doloroso que me fusilen que pasar una cantidad de años en la cárcel." "En la sociedad cubana hay un castigo más fuerte que el fusilamiento, y es el repudio social que tendrá Ochoa", interviene otra universitaria mientras toma un helado en la tradicional heladería Coppelia, situada en una plaza en el corazón del barrio del Vedado. "Lo más triste —agrega— es que este hombre había sido condecorado como Héroe de la República por su actuación en Etiopía, Nicaragua y Angola y por su actuación durante la lucha revolucionaria en Cuba. Yo creo que el imperialismo, que nunca ha dejado de buscar traidores, metió su mano y él fue degenerando su personalidad hasta dejarse influir".

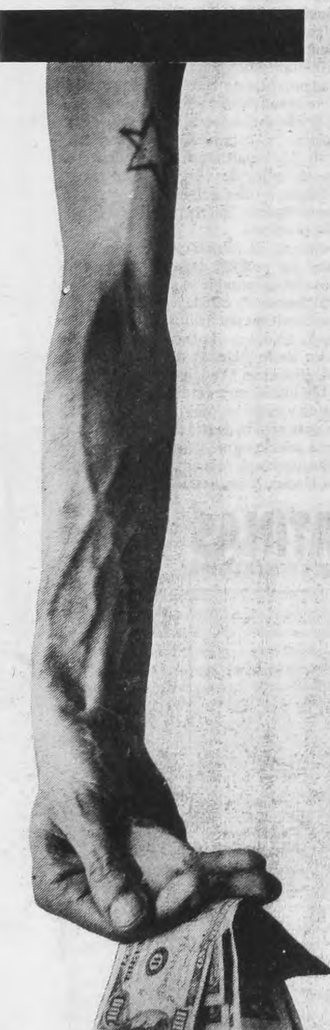
Algunos cubanos, sin embargo, aún dejan espacio para la sospecha sobre el acontecimiento: "Yo hasta que no les prueben los hechos, no quiero arriesgar una opinión —especula un cincuentón— porque temo que siendo Ochoa un hombre de gran prestigio en las fuerzas armadas, algún sector del gobierno haya querido armarle lo que llamamos un paquete, y haya fraguado este asunto para quitarlo del medio". "Aquí desde hace tiempo se decía que existía el narcotráfico, pero el gobierno lo ha negado sistemáticamente hasta que los hechos saltaron. Esto se debe a que en una época en que el mundo aumenta sus libertades de expresión, aquí hemos quedado retrasados en eso", se queja un hombre al que cuando se le pregunta si lo que quiere es la perestroika, se enoja: "No, tampoco eso, porque ése es un asunto que Gorbachov podrá aplicar en su país, pero nosotros no podemos poner en juego treinta años de revolución cuando el imperialismo está esperando esos espacios para concretar su penetración".

En la opinión generalizada, los cubanos coinciden en que Ochoa y sus socios deben ser castigados, pero rechazan de plano la idea del fusilamiento por dos razones que explican claramente: el delito ha sido un negociado imperdonable, pero aún no hay indicios de que hayan traicionado a la Revolución pasando información al enemigo, y a ello suman el temor de que este hecho sea usado por lo que califican de "prensa reaccionaria" para arremeter contra el sistema socialista, y entonces intentan darle la menor cantidad de argumentos posibles. "Los pasquines dirán que Fidel está enojado porque Ochoa no le ha dado participación en este negocio, que Raúl (Castro) está detrás del narcotráfico en nuestro país y mil mentiras semejantes", comenta un pasajero en la guagua, tal como denominan aquí a los colectivos. "Pero sabe qué pasa, señorita —interrumpe un viejito mientras deposita los diez centavos que vale el viaje—, toda esa gente se estrellará con la verdad, porque como dijo el Che Guevara, en esta revolución se puede meter la pata, pero lo que no se puede es meter la mano."

DETRAS DEL CARTEL

POR WALTER GOOBAR

La única multinacional latinoamericana económicamente exitosa es el narcotráfico", sentenció con la ironía que le es característica el presidente peruano Alan García. En efecto, la definición del mandatario peruano, que ha sentido en carne propia del poder de las transnacionales, especialmente desde el momento en que intentó, sin éxito, nacionalizar la banca peruana, es una de las que mejor describe el poder del narcotráfico en la actualidad. El año pasado las ventas de cocaína latinoamericana en EE.UU. y Europa fueron estimadas en más de 20.000 millones de dólares, lo que equivale al monto del comercio mundial de diamantes durante el mismo período, o al Producto Bruto de Singapur —uno de los Tigres del Asia—, o al total de las ventas de bebidas alcohólicas en los EE.UU. Sin lugar a dudas que si el Cartel de Medellín fuese una empresa, en el sentido tradicional de la palabra, integraría, junto con las grandes petroleras, el ranking de las 500 corporaciones más importantes del mundo que anualmente publica la revista *Fortune*. La misma publicación, en cambio, señala a Pablo Escobar, el gran barón de la cocaína colombiana, como uno de los quince hombres más ricos del mundo, con una fortuna de 2000 millones de dólares.



A pesar de brillar por su ausencia en las estadísticas oficiales, las exportaciones de pasta de coca y cocaína superan a las de gas natural y estaño en Bolivia, a las de cobre en Perú y, probablemente, se encuentran en un primer o segundo lugar —antes o después del café, según la fuente que se consulte—, en Colombia.

Las estimaciones más detalladas acerca de la producción latinoamericana de cocaína provienen de dos informes que anualmente produce el gobierno norteamericano. Uno, realizado por el Departamento de Estado es el Informe sobre Estrategia para el Control Internacional de Narcóticos. El otro estudio lo produce el Comité Nacional de Inteligencia sobre Consumo de Narcóticos, que está presidido por el titular de la Oficina Nacional de Control de Drogas, conocida bajo la abreviatura DEA. El segundo de estos informes contiene datos y estimaciones sobre el cultivo y la producción de estupefacientes, precios y tendencias en el tráfico ilegal. De allí se desprende que el volumen de operaciones en el rubro cocaína alcanza a los 22.000 millones de dólares en el comercio entre EE.UU. y Europa, por una parte, y América latina, por la otra. Sin embargo, la misma fuente consigna que los países productores reciben sólo 3 millones de dólares, mientras que el resto va a parar a manos de los intermediarios. Un estudio realizado por el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de St. Gallen en Suiza indica que el país productor recibe apenas entre el 10 y el 20 por ciento del beneficio total de la venta de estupefacientes. Un 10 por ciento va a parar al sistema de tráfico en forma de reinversión para laboratorios, vehículos, armas, etc. El resto se distribuye en los países consumidores y en los paraísos fiscales del sistema financiero internacional. Como país productor de coca, Colombia se encuentra en un tímido tercer puesto detrás de Bolivia y Perú; sin embargo es el centro más importante de refinamiento de la pasta de clorhidrato de cocaína para su posterior exportación. El valor agregado alcanza cifras escalofriantes. En 1987, 2,5 kilos de pasta comprados a 500 dólares se convertían en un kilo de cocaína con un precio de exportación de 6000 dólares. Los colombianos del Cartel de Medellín, involucrados en las distintas escalas del tráfico de la droga, reciben la tajada más gruesa, que en algunas oportunidades alcanza al 50 por ciento de los precios de venta, mientras que el resto se divide entre los narcotraficantes bolivianos y peruanos. Sobre la base de estas estimaciones, los traficantes colombianos habrían recibido 1,5 millones de dólares en 1987 mientras que sus socios bolivianos y peruanos habrían percibido 750.000 dólares, por partes iguales, durante ese mismo período. Esto no significa que las economías de los países productores se hayan visto beneficiadas con las ganancias de la cocaína. El grueso del dinero, percibido en el exterior por los narcotraficantes colombianos radicados en Miami, no es repatriado a Colombia. De la misma manera, los beneficios obtenidos en América del Sur no permanecen en el subcontinente. Los expertos internacionales en el tema coinciden en que los países exportadores reciben aproximadamente el 50 por ciento de las ganancias de los traficantes. Esto significaría unos 750.000 dólares para Colombia y 375.000 para Bolivia y Perú, respectivamente, durante 1987.

Si se cotejan estas cifras con el PBI de Colombia (41.000 millones de dólares), Perú (27.000 millones) y Bolivia (6000 millones), la relativamente baja incidencia del dinero del narcotráfico en las economías nacionales es del orden de 1,8 por ciento, 1,4 por ciento y 6 por ciento respectivamente. Sin embargo, uno de los efectos más notorios es la creación de fuentes de trabajo. Un consultor en política exterior de la Casa Blanca, Renssalaer Lee estima que entre 750.000 y un millón de personas en los tres países latinoamericanos están empleados en los distintos niveles de la producción o tráfico de cocaína. Si se tiene en cuenta que la población económicamente activa de esos tres países es de 20 millones de personas, los empleados de los narcos constituyen el 5 por ciento del total —oficial— de trabajadores. Además, los coca-dólares han aliviado en los tres países los problemas en las respectivas balanzas de pago y en algunos casos han incidido en el pago de la deuda externa. El boom de la cocaína fue en gran parte lo que le permitió a Colombia afrontar los pagos sin necesidad de reescalonar la deuda.

En los últimos años se ha registrado una reestructuración importante en las filas del narcotráfico. Por una parte, los sectores no colombianos se han integrado verticalmente en un esfuerzo para eliminar a los intermediarios. Roberto Suárez Gómez, el rey de la coca boliviana, ha trasladado el eje de sus actividades al refinado de la pasta, para evitar el posible estrangulamiento del negocio a manos de los colombianos. Por su parte, los colombianos, repitiendo la misma fórmula que las multinacionales, se repartieron las áreas de tráfico para evitar guerras intestinas. Mientras el Cartel de Medellín, en una primera etapa, hegemonizaba el comercio de cocaína en el sudeste de los EE.UU., que incluía el importante mercado de Miami, el Cartel de Cali controlaba el mercado neoyorquino. Recientemente, a la manera de las grandes corporaciones, el Cartel de Medellín realizó al de Cali una importante oferta para acceder al negocio en Nueva York. El ofrecimiento seguía la lógica de cualquier otra actividad económica: ganar nuevos mercados de distribución en la medida en que era justamente allí donde se registraban las ganancias más suculentas. Pero, de la misma manera que una oferta interpretada como hostil en la bolsa de Wall Street, puede desencadenar una guerra de subas y bajas en los papeles, la guerra entre Cali y Medellín cosechó más de una baja, sangrienta en las calles de Nueva York. Ahora el mercado más atractivo es Europa occidental, con un volumen de 50 toneladas anuales. Según los expertos europeos llega cuatro veces más cocaína a Europa que a los EE.UU., aunque muchas veces ésta provenga justamente de los EE.UU. Ello ha determinado una baja en los precios. En Italia, los narcos colombianos se han asociado con la Camorra napolitana para la distribución de cocaína. En cambio, en otros países europeos, el Cartel de Medellín controla todos los niveles de intermediación, con excepción de la distribución al consumidor final. En América latina, las nuevas rutas de los operadores colombianos de la droga se reflejan en el creciente aumento de requisas registradas en Venezuela, Brasil y Argentina.